

La cultura de la sangre

(Apuntes para una poética del cante jondo)

A Antonio Fernández Asensio,
que inspiró estas páginas,
y a José Gelardo, por su
generosa amistad.

La ausencia de una teoría del cante jondo me ha hecho sentir la necesidad de esbozar en estas páginas los elementos para una poética del mismo.

Cante jondo es una expresión muy utilizada y poco comprendida, cargada de tópicos y de imprecisiones. *Cante flamenco* y *cante jondo* son expresiones utilizadas hoy como sinónimas; sin embargo, no lo son, pues si bien todo cante jondo es flamenco, no todo cante flamenco es jondo. Llamo cante flamenco a un conjunto de estilos («palos») que constituyen una manifestación musical única en su género, propia de capas populares marginales, en cuyo origen histórico y geográfico no me voy a detener. En cambio, llamo cante jondo a un modo determinado de interpretar, de decir y expresar tales estilos, que no puede considerarse exclusivo de ninguna etnia en particular, sino de todo aquel «cantaor» que los sienta en su autenticidad y hondura. Así, por cante jondo entiendo un modo de cantar el flamenco propio de algunos individuos, pues el flamenco es lo que se canta y jondo (hondo) es cómo se canta, aunque quepa hablar de estilos flamencos más o menos hondos. Por decirlo de un modo directo, el cante jondo constituye la quintaesencia del flamenco, su máxima pureza, su estado de gracia. Es de esa quintaesencia de la que me voy a ocupar.

Son múltiples las teorías sobre el misterioso origen y la controvertida historia del cante flamenco, abundan los escritos acerca de la importancia de distintas gentes en su gestación, no faltan ocurrencias o sesudas disquisiciones sobre la preeminencia o mayor antigüedad de unos u otros cantes. Sin embargo, todo ello forma parte de la exterioridad de esta peculiar manifestación artística; constituye, con ser interesante, lo que podríamos denominar la circunstancia. Se han cumplido ya dos siglos desde el nacimiento del cante jondo y aún carecemos de categorías poéticas, es decir estéti-

En el año pasado, 1992, y dentro de las actividades del Festival del Cante de las Minas, se publicó, en edición no venal, un volumen de ensayos en homenaje a don Antonio Chacón y titulado El Papa Flamenco. Uno de aquellos ensayos es el que ahora ofrecen las siguientes páginas: «La cultura de la sangre (Apuntes para una poética del cante jondo)». Dos son las causas que nos inducen a reeditar este trabajo: una, que la edición en que apareció está ya agotada; otra, su calidad de interpretación y de exposición. Cuadernos Hispanoamericanos agradece al Excmo. Ayuntamiento de La Unión su generosa autorización para la reproducción del presente trabajo. (R.)

cas, que intenten explicar su profundidad expresiva, su hondura. Seguimos utilizando palabras tópicas y manidas («pellizco», «rajo», «sonidos negros», «duende») sin profundizar en su significado. No poseemos los elementos que nos permitan comprender, hasta donde ello sea posible, lo que con tales palabras queremos decir. No sabemos, o sabemos poco, lo que es el cante jondo, la esencia del flamenco.

Aumentan cada día los estudios, algunos de ellos serios y rigurosos, que se contentan con lo circunstancial del flamenco, pero escasean de manera alarmante los que se atreven a enfrentarse con lo esencial de este arte, es decir, con su peculiaridad como manifestación musical, con lo que constituye su singularidad más valiosa. En este terreno es, por desgracia, demasiado frecuente la retórica barata, la poesía ripiosa y facilona, el flamenquismo achulado y grandilocuente. Sólo la exquisita sensibilidad y el talento de algunos pocos poetas (García Lorca sobre todo) han proporcionado para una posible poética del cante jondo observaciones clarividentes e intuiciones de gran valor. El resto es silencio o algo peor que el silencio: palabrería. En estas páginas me propongo seguir la inspiración de los hombres que han pretendido ir directos al corazón de esta música enigmática, que han querido ahondar en ese corazón, conocerlo y expresarlo. En ningún caso se trata aquí de enjaular, de aplicar rígidos esquemas a lo que no lo permite, sino de poner la cabeza al servicio del corazón, para mejor comprender lo que éste siente, lo que en él acontece.

El intento de abordar una poética del cante jondo habrá de llevarnos a consideraciones de distinto tipo, tanto culturales como estéticas, antropológicas, sociológicas, filosóficas, etc. Será necesaria una doble mirada, será preciso contemplar esta manifestación artística a la vez desde fuera y desde dentro, desde la razón y desde la emoción, para que lo inconsciente se haga consciente, para que pueda haber, en la medida de lo posible, teoría de la experiencia flamenca más auténtica, racionalización de esa emoción. Así pues, deben tomarse estas reflexiones como el reflejo de una experiencia, la mía propia, cuyo valor dependerá de su capacidad para explicar también otras experiencias.



Digámoslo de entrada y sin rodeos, con un deliberado propósito de escandalizar: el cante jondo es una música culta.

Culta pero no refinada, sino primitiva, no letrada, sino analfabeta, no escrita, sino oral. Culta por su profunda sensibilidad, por su poesía arreba-

tadora, por su fidelidad a la emoción primigenia, por su respeto a la memoria, por su sentir trágico de la vida, por su sabiduría intuitiva y su carácter hondamente popular. Culta porque, en su expresión más auténtica, niega la sensiblería, es enemiga de la poesía formalista e intelectualista, repudia la razón sin emoción, hace imposible el olvido de nuestras raíces, de nuestra pertenencia a la naturaleza, y rechaza la idea de un saber que sea ajeno a la pasión. Por todas estas razones y muchas otras el cante jondo es una música culta.

Sin embargo, el atrevimiento de esta afirmación exige, para hacerla comprensible, que profundicemos en el concepto de cultura desde el que estamos hablando, pues no es, ni mucho menos, el habitual. Dicho en otros términos, el cante jondo es una música culta siempre que enriquezcamos y amplíemos el significado tópico que damos a la palabra cultura al identificarla con refinamiento o educadas maneras, siempre que incluyamos en ese significado una perspectiva más profunda. Veamos de qué perspectiva se trata.

En su sentido más inmediato y etimológico cultura significa cultivo, cuidado y atención por algo. Ahora bien, cabe distinguir dos modos principales de concebir dicho cultivo.

Por un lado, en una tradición ilustrada que se remonta a la Grecia clásica, la cultura (*paideia*, *humanitas*, *Bildung*) es entendida como *formación*, mejoramiento y perfeccionamiento del hombre, significa educación en las buenas artes, formación moral e intelectual del individuo que tiene como finalidad su autogobierno, su autonomía racional, su capacidad de juicio y mayoría de edad. Por otro lado, en una tradición más reciente, que tiene su origen en el romanticismo, cultura (*Kultur*) es el producto de esa formación, es decir, es el conjunto de los modos de vivir cultivados y civilizados. Cultura toma así el sentido de *civilización*, viene a significar la suma de los modos de vida creados, aprendidos y transmitidos de una a otra generación entre los miembros de una sociedad determinada.

La primera es una acepción ético-política del término cultura, mientras que la segunda es más bien histórica, sociológica y antropológica. Es precisamente esta segunda acepción la que nos permite una primera aproximación a la perspectiva deseada, porque el cante jondo es culto en cuanto expresión privilegiada de un modo concreto de vida, de una experiencia peculiar del mundo, de una manera de ser y sentir diferente a otras. Por tanto, sólo desde una concepción de la cultura en la que se contemple y se respete la diferencia puede comprenderse que el cante jondo es una música culta.

Una vez establecida esta primera aproximación, es preciso deshacer dos posibles malentendidos a los que ella nos podría abocar.

En primer lugar, una interpretación laxa de este modo de concebir la cultura puede dar lugar a confusiones, al alimentar la idea de que en realidad cualquier conducta humana es culta por ser eso, humana. Cabría entonces pensar que el cante jondo es culto como también lo es el juego del dominó o el arte de la calcetería. No se trata de eso, ni mucho menos. El cante jondo es culto porque es expresión de una espiritualidad naturalista, de una ética del corazón y de la autenticidad y de una experiencia trágica de la vida. En segundo lugar, esta concepción romántica de la cultura ha permitido la adjetivación de una de sus formas como «cultura popular», con lo que se sostiene indirectamente la distinción entre dos modos de la misma: la cultura «culta» y la cultura popular. En este sentido suele decirse que el cante jondo pertenece a la cultura popular y es una manifestación de ella.

Pues bien, la mencionada distinción ignora la raíz popular de toda cultura auténtica, es ideológica en cuanto que sólo reconoce como cultura «de verdad» la producida por las élites dominantes de la sociedad y rezuma clasicismo, estatalismo y un paternalismo hacia lo popular que es en realidad un mal disimulado desprecio. Así pues, el cante jondo es culto no en cuanto que pertenece a la llamada, con cierto tono despectivo, cultura popular, sino del mismo modo que puede serlo cualquier otra manifestación artística: por su profundidad expresiva, por su complejidad creativa y por su hondo, antiguo y misterioso arraigo en el alma del hombre. Dicho esto, hemos ganado la perspectiva deseada, podemos ya adentrarnos en las características específicas del cante jondo como música culta que le diferencian de unas músicas y le emparentan con otras.



Toda cultura posee una condición paradójica, responde a un doble movimiento y lo refleja en sus diferentes manifestaciones, pero normalmente sólo suele apreciarse una de sus caras, uno de sus movimientos. Cultura es, en su significado más común, *humanización de la naturaleza*, aquello que nos separa del estado de naturaleza, el conjunto de producciones e instituciones por las que nos distanciamos de la animalidad. Desde este punto de vista la cultura es la obra de la razón, la represión de los instintos, la negación de nuestra vinculación con el ámbito natural. Es aquel movimiento por el que el hombre niega algo que, por otra parte, le constituye y a lo que pertenece, por el que establece una discontinuidad entre naturaleza y cultura. Sin embargo, la construcción de ese artificio que es

toda cultura no puede olvidar la pertenencia del hombre a la naturaleza, el férreo vínculo que a ella le une.

Por tanto, en un sentido menos usual, cultura es también *naturalización del hombre*, es decir, todo aquello que nos redime de la escisión y de la separación de la naturaleza, que evoca nuestras raíces y nos pone en contacto con nuestro origen natural. Cultura es lo que regenera en nosotros sentimientos primordiales impregnándonos de una savia siempre nueva, lo que nos libera de la cárcel del artificio y de los fríos imperativos de la razón. Así, valga la afirmación paradójica, cultura es también aquello que nos «salva» de la enfermedad de la cultura y que muestra la continuidad entre lo natural y lo cultural.

En resumen, cabe hablar de una cultura de la razón y de una cultura del corazón.

El cante jondo es culto en este segundo significado, en cuanto que atiende a las necesidades del corazón y no de la razón, porque en lugar de responder a una inclinación racionalista e individualista lo hace a un impulso naturalista y comunitario. Este carácter naturalista y comunitario constituye el primer rango importante que define al cante. En él predomina lo dionisiaco sobre todo lo demás, pues su expresividad se coloca bajo la advocación de Dionisos, dios del éxtasis y de la embriaguez, de la disolución de la individualidad en la unidad primitiva y natural, y no se preocupa de la perfección formal, de la armonía y de la bella apariencia.

El cante jondo es naturalista y dionisiaco porque contiene una forma de religiosidad, una experiencia de lo sagrado, que se mueve dentro del ámbito puramente natural, que se manifiesta en la afirmación pasional del carácter trágico de la existencia. Quienes han podido sentir alguna vez este arte en su verdad saben que es una ceremonia, un ritual que tiene como finalidad el desvelamiento del corazón, el autoconocimiento pasional, la fraternidad de los participantes, la tonificación y la purga de las emociones.

Por tanto, cuando se dice del cante que es un arte con la pretensión de engrandecerlo, en realidad se le puede estar reduciendo, a no ser que entendamos por arte un modo privilegiado de expresión existencial. Es preciso recordar en este punto que el cante jondo no es simplemente un «arte popular», un folklore, sino el único modo de expresión de determinadas capas marginales del pueblo, la única vía de comunicación de estos hombres perseguidos, maltratados y desvalidos que lo usaron como depositario de su tragedia.

Por ser ante todo dionisiaco, en él predomina lo expresivo sobre lo formal, pues, en realidad, el cante jondo no se canta, sino que se tiembla, se llora, a ratos se ríe, se vive en el estremecimiento, en el grito, en la mezcla de la pena y la alegría, en la pura expresividad. Alguien ha dicho

con tino que el auténtico cante no alegra o entristece, sino que duele. Hasta tal punto es cierto el mencionado predominio que en el cante jondo lo formal pierde su sentido si carece de emoción y de intensidad, se vacía de significado. Interpretar cante jondo no es sólo cantar flamenco correctamente, sino *mirarse dentro y desnudarse*, pues en ello no mandan las facultades, sino el corazón.

El cante jondo no es canto y mucho menos «bel canto», sino su antítesis. Su intérprete no es cantante, sino «cantaor», que canta para recordar y decir lo que ha vivido, para abrir heridas, para vaciar el pozo negro de la pena y hacer sentir la profundidad de la vida, revelando las verdades universales del corazón. Se ha dicho también con gran acierto que el cante jondo no es música, sino lengua del corazón. Es, además, naturalista porque da voz al espíritu de la tierra, porque su inspiración no es sobrenatural, su fuerza no viene de arriba hacia abajo, sino que va de abajo hacia arriba. El genio del cante no es celestial o angelical, sino que es un duende, un *daimon* terrestre. El genio del cante no inspira o guía, sino que posee, se sirve de una posesión benéfica, hace del hombre un buen poseído, en contra de la idea convencional de que toda posesión es necesariamente maléfica.

Por otra parte, el cante jondo es comunitario porque el estado que provoca su genio no puede darse en soledad. La mencionada posesión benéfica es ante todo una hermandad, una fraternidad de los corazones, que se reconocen iguales, que se abrazan en el júbilo de su identidad, que se ennoblecen al abrirse y despojarse de su mentira. En tal estado el hombre prescinde de referencias étnicas, culturales o sociales, ese conjunto de máscaras que constituyen su individualidad, y celebra la liberación de su yo más profundo y auténtico, de un yo que es un nosotros.

Así, bien puede decirse que este arte obtiene su fuerza de la universalidad del corazón, más profunda y verdadera que la de la razón, y que sentirlo en toda su grandeza produce la salud del alma, la alegría que alivia, la virtud que es idéntica a la felicidad. Por todo ello, es una flor rara y delicada, depende de tal cúmulo de circunstancias imprevisibles que es imposible predecir su aparición, pues no se sirve principalmente de elementos técnicos, sino vitales. Quien anda a la búsqueda del cante jondo está siempre a la espera de lo inesperado, en la pugna que hará posible la revelación. Cuando el cantaor se mira dentro, se ensimisma, tiene que ir quebrando todo tipo de resistencias, debe alejar el pudor, las convenciones sociales, la moderación y el equilibrio que aconseja la razón, debe romperse, abrirse, pelearse con todo aquello que reduce el corazón al silencio.

El cante jondo, es el momento de decirlo, es la cultura, el cultivo del corazón.

Naturalista, comunitario, dionisiaco, pasional, trágico, ceremonial, expresivo, agónico, imprevisible y, como resumen de todo ello, arte del cultivo del corazón.

Este último rasgo del cante jondo merece ser analizado con detenimiento, pues indica hasta qué punto es esencial la intensidad de la emoción en esta música: el cante no se oye sino que se siente, no se contempla como un espectáculo, sino que se vive como una sacudida interior. Cultura del corazón, o cultura de la sangre, quiere decir saber intuitivo, conocimiento que nace de la sensibilidad, que es fiel a la memoria de lo que se ha vivido, que se alimenta más de la experiencia que de la razón. La cultura del corazón es la que reivindica el carácter pasional de todo conocimiento, la que hace nacer la verdad del interior del hombre y funda sobre ello una ética de la autenticidad. La cultura del corazón es trágica, porque vive en el desgarramiento y no en la reconciliación.

El cante jondo habla de la herida abierta que hay dentro de cada hombre, pero no reflexiona sobre ella, sino que la muestra del modo más directo, con el grito, con ese ¡ay! prelógico y prelingüístico que expresa nuestra esencia trágica. Por esta razón es música en el sentido más profundo de la palabra, música primigenia, originaria, metafísica, reveladora y universal. No es música en el sentido pitagórico de ciencia de la armonía cósmica, al contrario, el cante jondo es inarmónico; es música en el sentido romántico de expresión de los sentimientos y, dicho con una fórmula más radical, es expresión del sentimiento trágico de la vida. Su intérprete se sitúa en la frontera entre el grito y el lenguaje articulado, la naturaleza y la cultura, la pasión y la razón, y de esa condición fronteriza, limítrofe, de ese desgarramiento, obtiene toda su fuerza y originalidad. De ahí proviene su capacidad para hablar un lenguaje universal, pues el desvalimiento, la marginalidad, el abandono, la sensación de haber sido arrojado a la intemperie del mundo, son experiencias de las que todos los hombres podemos participar. La universalidad del cante jondo tiene su raíz en la universalidad del sentimiento de desamparo en el ser humano.

Para sentir el cante no es imprescindible pertenecer al mundo en el que se ha gestado, pero sí es necesario compartir la sensibilidad desde la que ha sido creado y para ello basta con asomarse al fondo trágico de toda humana existencia, basta con dejarse llevar de la mano por la tragedia propia para abrir los ojos a la ajena. Hay en el cante jondo una estética que es una ética, porque es a través de la sensibilidad como se produce el descubrimiento de uno mismo y del otro, una ética no sólo racional, sino también pasional, no ya del autogobierno, sino del autoconocimiento. Cuando el cantaor busca en su interior no recurre al artificio de la técnica, sino que se olvida de él, no queda al margen del cante, porque habla de sí mis-

mo y de su experiencia vital. El cante jondo no tolera la simulación, no es mera interpretación de letras o estilos preestablecidos, ya que es confesión pública, *creación en acto*.

Este último rasgo es especialmente significativo, pues el cante jondo exige por parte del cantaor una entrega sin reservas: le concede la calidad de médium a cambio de que pierda su intimidad y haga pública su verdad. Es creación en acto porque en él se hacen transparentes los sentimientos y es el hombre entero el que interviene en su nacimiento. Es poesía en el sentido más propio y etimológico, creación pura en la que se funden la palabra, la música y la emoción, creación singular e irrepetible cuya intensidad no admite la reproducción. Si el cante flamenco es un canon de diferentes estilos, el cante jondo es lo que llena de sentido dicho canon, el fin último del mismo, sin el cual el canon carece de valor. Hay muchas reglas para cantar flamenco, pero hay una sola para cantar «jondo»: la autenticidad, la perfecta coincidencia entre lo que se dice y lo que se siente.



Intensidad e instantaneidad, ascesis pasional y entrega, autenticidad, el cante jondo es la más lograda expresión de la experiencia trágica de la vida, porque se asoma con los ojos bien abiertos al abismo del desamparo. Esta experiencia implica la sensación de que un inmenso desacuerdo llena el mundo, un desacuerdo sustancial entre la realidad de las cosas y la voluntad del hombre, una contradicción insuperable entre el sino y el deseo. Para dicha experiencia lo necesario es imposible y lo imposible es necesario.

La experiencia trágica de la vida surge de la imposibilidad de toda forma de reconciliación; su lenguaje propio es el grito, la exclamación; su signo lingüístico es la interjección; su estado de ánimo es el duelo, en el doble sentido de combate y de pena. Combate contra nada, contra la nada, pena por nada, por la nada. Combate contra todo, porque en todo está la nada; pena por todo, porque en todo hay nada. Grito y duelo son el afuera y el adentro del cante jondo; el grito nace del duelo y el duelo sale en el grito. Grito y duelo, exclamación pura, no alegría o tristeza, son la síntesis de este arte como voz de un alma trágica. La experiencia trágica de la vida es la visión metafísica que lo sustenta, de ahí que todo en él responda a esta visión: el grito, el duelo y la palabra.

El duelo no siempre es puro grito, es también palabra articulada, que nunca abandona del todo su parentesco con el grito. Cuando el duelo se hace voz con sentido, palabra cantada y llorada, rabiosa o tierna, el cante

jondo sigue siendo fiel a su espíritu trágico. Si analizamos las palabras del flamenco, las letras populares, encontraremos en él todo tipo de temas, los mismos que están presentes en cualquier vida sencilla: el trabajo, la madre, la familia en general, la relación hombre-mujer, las denuncias sociales, la fiesta, las penalidades, la enfermedad o la muerte. Ahora bien, si destilamos la esencia de todas esas palabras, de todos esos temas, si reducimos el flamenco a su mayor verdad, nos quedaremos con la palabra, con el tema fundamental del cante jondo: el amor/muerte. No el amor y la muerte por separado, sino la síntesis, la unión y la mezcla de los dos.

El amor/muerte es una de las más hondas palabras, la que resume el sentir trágico, la que está en el centro de toda existencia pasional. El amor/muerte es, por otra parte, el tema esencial de toda metafísica trágica. Es una palabra esencial, que admite infinitas modulaciones, que expresa como ninguna otra el carácter paradójico de la vida. El cante jondo es música de duelo, de combate y de pena, porque tiene a la pasión, al amor/muerte, como tema principal. Aunque las letras flamencas sean muy variadas, el cante, diga lo que diga, expresa siempre la pasión, señala hacia el fondo trágico de la existencia y habla de él aun sin nombrarlo. El grito estremecedor que le caracteriza tiene su raíz en el amor/muerte, es una mezcla de afirmación y de destrucción, es una afirmación en la destrucción, un éxtasis pasional. Es de esa pasión esencial, del amor/muerte, de donde nacen el conocimiento y la acción, donde tienen su raíz nuestra verdad y nuestro talante.

Por ser expresión de una experiencia trágica de la vida, el cante jondo no habla de verdades racionales, sino de la verdad de la pasión, de la unidad entre sufrir y comprender, entre sentir y ver interiormente, entre padecer y saber, de la hermandad entre pasión y conocimiento. Su sabiduría nos enseña que de la pasión, del sentir, surgen el conocimiento y la acción; nos muestra que pensamos y obramos como sentimos. Por todo ello, implica una revolución de nuestro concepto habitual de experiencia, una ampliación del mismo. Así, en el cante encontramos un sentir trágico, pasional, un conocimiento trágico, no exclusivamente racional, y una ética trágica, no de la felicidad o del deber, sino de la autenticidad, una ética que se basa en la universalidad del corazón y no de la razón. Esta ética de la autenticidad no persigue la prudencia o el equilibrio, la administración de las pasiones, la «buena vida»; tampoco busca el cumplimiento de la ley y del deber, la renuncia a las pasiones, la «vida buena», sino la sinceridad y la espontaneidad del corazón, la «vida verdadera».

El ideal estético y ético del cante jondo es el de la vida verdadera. Si en él se confunden estética y ética es precisamente porque hay identidad entre sentir y actuar, porque su única norma de conducta, no escrita, es la fidelidad a la pasión, es expresar con profundidad y verdad lo que pasa

por nosotros, lo que nos pasa. Este «pasar» viene de pasión, pues aquí el orden de los acontecimientos proviene del orden de los sentimientos. En su pureza el cante jondo sólo busca una cosa: decir lo que de verdad nos pasa. Pero quiere decirlo evitando la mediación, la mentira del concepto, el equívoco del lenguaje, desea decirlo con el corazón, con el cuerpo entero transformado en lenguaje.

★

De todo lo dicho se desprende que el cante jondo nace en el seno del flamenco y que éste es el arte musical que define sus condiciones de aparición, es el ámbito en el que el cante jondo es posible, aunque no siempre se dé. Quien ha sentido alguna vez el cante en su pureza y verdad suele escuchar flamenco en permanente expectación, a la espera de ese estremecimiento imposible de simular, de esa hondura a cuyo servicio está el arte flamenco como ningún otro. La predisposición del buen aficionado suele ser la del asistente a una imprevisible celebración, la de quien acude a una cita consigo mismo sin saber si ese otro yo se despertará y se presentará. Es también la actitud de quien participa de un ritual comunitario, en el que se persigue un ideal: la comunión de los corazones.

El cante jondo es la más radical negación de cualquier forma de solipsismo, no permite el aislamiento de la interioridad, ni una emoción espiritual que no sea a la vez física; tampoco concibe un espectador impassible, pues en cualquier caso se es actor, ya sea cantando, ya sea tocando, ya sea escuchando, animando y jaleando. El ideal de una vida verdadera exige la exteriorización de la interioridad, la exposición pública de las emociones, la narración de penas, fatigas y «duquelas», la comunicación de las pasiones, la fraternidad de los sentimientos. En el cante no se realiza un acto social, sino una celebración comunitaria; su propósito no es hacernos aparecer como conciudadanos, sino como hermanos; los lazos que establece no son civiles y legales, sino comunales y afectivos. Su fin es crear una comunidad de espíritu basada en la memoria de lo que se ha vivido, en la común experiencia trágica de la vida. Por ello, podemos decir que el flamenco es una música *caliente*, si se nos permite la expresión, una música que alcanza su grado máximo en el cante jondo, en ese punto en el que se convierte en llama, en candela que abrasa los corazones e ilumina lo más recóndito de nuestro ser.

El cante jondo es primitivo, no cabe la menor duda, su parentesco con las formas musicales más antiguas de la humanidad está claro, pero no

es tosco, ni mucho menos, pues exige una profunda sensibilidad o, mejor dicho, la profundización en la sensibilidad, el abandono de sus capas más superficiales. Quien no se arriesga en esa profundización, quien no sondea su corazón, no está predispuesto para participar en él. Tampoco quien confunde sensibilidad con sensiblería y hace de la pasión una cosa frívola. La sensibilidad que conecta con este arte es aquella que siente sobre sí el peso de la mentira y de la convención, que arrastra un silencio de siglos, y llora desde la noche de los tiempos por el desprecio recibido, viviendo en sus carnes, por la razón que sea, la tragedia de los desheredados. Es la sensibilidad que se ahoga en la mascarada social, porque ha vivido mucho y callado mucho, y tiene el cante como única voz. Es humilde y aristocrática, humilde por su origen externo y aristocrática por su nobleza interior. Por todo ello, el cante no es, no puede ser, un arte de masas; al contrario, surge sobre todo en la reunión, en la pequeña fiesta, en el «cuarto de los cabales», en la intimidad creada por un sentir común.



El cante jondo es la expresión de una cultura de la sangre, es decir, una cultura de la memoria, de la pasión y de la tragedia; del recuerdo, del duelo y del desgarró. Así se comprende que haya sido rechazado con tanto desprecio y violencia por la cultura del progreso, de la razón y de la reconciliación, por esa visión del mundo que durante tanto tiempo se ha considerado a sí misma como la única posible y verdadera.

El cante jondo no ha tenido como escenarios de su nacimiento el conservatorio o la academia, lugares «luminosos» donde la razón se pone al servicio de la técnica musical, sino la cueva o la cárcel, lugares oscuros donde el corazón grita su desamparo. Una concepción superficial y pretendidamente ilustrada de la cultura menosprecia el flamenco por ser la música de los parias, por ser la voz inarmónica de los que no ven por ninguna parte la armonía del universo, el grito de los que con su duelo convierten en un cruel sarcasmo la idea de que éste sea el mejor de los mundos posibles. Esta concepción falsamente ilustrada contempla con desdén el desgarró de este arte, se siente inquieta por él, y es la responsable de que todavía hoy, e incluso entre flamencólogos de renombre, se siga estableciendo acriticamente la distinción, cargada de tantos complejos de inferioridad, entre música culta y flamenco. Ya va siendo hora de que esa distinción sea contestada desde algún lugar, es ya el momento de que sea tan noble, tan justa y verdadera, si no más, la voz de quienes no parecen formar parte

de la «Cultura» y de la «Historia» como la de quienes creen ser los únicos creadores de la una y protagonistas de la otra.

Lo hemos dicho al principio y lo repetimos ahora por si no ha quedado claro: el cante jondo es una música culta.

Pertenece a la cultura del desamparo, del desarraigo, de la marginación, de la miseria, del olvido, de la persecución. Es propiedad de todos aquellos que tienen el cante como única heredad, es el patrimonio de quienes, por toda formación musical, llevan en el pecho un clavel encendido y en la garganta el ahogo de una pena. No pertenece, por tanto, a la cultura de quienes se pueden permitir el lujo del refinamiento y de las educadas maneras y confunden ambas cosas con la nobleza de espíritu, no pertenece a aquellos que sólo por falta de sensibilidad desdeñan lo que no entienden. El doliente orgullo del cante jondo, de los hombres que lo han hecho posible, no debe aceptar por más tiempo la mirada altanera o displicente de quienes llevan su estupidez clasista hasta el terreno del arte, de quienes juzgan con sordera de corazón.

El cante jondo es hoy, por todo lo expuesto, una de las formas de expresión musical más ricas, sabias, intensas y profundas que poseemos los hombres, una perla nacida de la miseria, una sabiduría nacida de la pasión, una cultura nacida de la sangre.

José Martínez Hernández